

La poesía quechua*

Por Sebastián SALAZAR BONDY



"un mirador sobre la vida andina"

A la muerte de Huayna Cápac, penúltimo inca, cuyo gobierno transcurrió probablemente entre 1493 y 1527, el Tawantinsuyo abarcaba, de acuerdo a las apreciaciones de Rowe,¹ desde el río Ancasmayo, en Colombia, hasta el río Maule, en Chile, y desde el Océano Pacífico hasta Tucumán, en la Argentina. En esta vasta área de un millón ochocientos mil kilómetros cuadrados vivían no menos de dos millones de habitantes dentro de un régimen colectivista agrario y bajo la autoridad de un emperador absoluto.

El *Runa Simi* (habla de la gente) era el idioma que hablaban los habitantes de aquella inmensa nación, administrativamente dividida en cuatro grandes regiones. Hoy conocemos dicha lengua con el nombre de la tribu cuzqueña que creció hasta dominar el gran territorio: el *quechua*. Ella continúa siendo el medio de expresión habitual de indios y mestizos (o *cholos*) del Perú, Bolivia y Ecuador, cuyo número, según un cálculo moderado, asciende al momento a cinco y medio millones de personas. Como es natural, una ingente literatura se conserva y renueva en la cultura del pueblo quechua, pastor y labriego por tradición, de los tres países, y abnegados y acuciosos investigadores registran, clasifican y analizan ahora ese testimonio oral.

Pero la mayoría de los poemas de la civilización incaica —que entre los personajes más destacados de su vida pública y social tuvo a los *harawicus*, poetas populares, unas veces; letrados o *amautas*, otras— se ha perdido irremediamente: "Como una gran parte [de la literatura] se refería a la ideología religiosa antigua —escribe Mason²—, fue condenada o reprimida por el clero europeo junto con la literatura puramente religiosa. Los pocos ejemplos que se conservan dan idea de unos sentimientos elevados y una gran belleza de expresión, llena de alusiones a fenómenos de la Naturaleza." Casi todos los cronistas señalan la importancia que tuvo la poesía entre los incas, la cual generalmente fue entonada al compás de músicas y danzas, mas sólo unos pocos entre ellos recogieron muestras

de aquel acervo. En especial lo hicieron con los grandes himnos (Garcilaso, Cristóbal de Molina, Santa Cruz Pachacuti) o con los cánicos de amor o de la facna campestre (Garcilaso, Guamán Poma de Ayala).

El resto de la producción fue, como queda anotado, proscribida y desapareció en el olvido. La ausencia de una escritura siquiera elemental —puesto que las pictografías y los petroglifos denominados *quilcas* permanecen todavía herméticos a la indagación— contribuyó a hacer más grande el naufragio. Sin embargo, lo que queda en las crónicas y lo que, no obstante la acción de los siglos y de la transculturación aborigen, sobrevive en el floklore, permite desplegar un panorama representativo de los géneros, formas y contenidos poéticos que posiblemente cultivaron los legendarios *harawicus*.

La tarea pues de preparar una selección de la poesía precolumbina quechua no resulta sencilla. El material que conservaron las crónicas es reducido. Algunos ejemplos se encontrarán en esta antología. Hemos incluido allí la *Elegía a la muerte del Inca Atahualpa* que si bien parece compuesta bajo el influjo de la poesía castellana es, en opinión de calificados quechuistas, una pieza perteneciente a la etapa inmediatamente posterior a la derrota de los incas por Pizarro y su gente.

También figuran poemas de tema profano que fueron transcritos por algunos cronistas, juntamente con creaciones, recopiladas por los iniciadores de los estudios folklóricos en el Perú (Anchorena, Alomía Robles, Vienrich), cuya estructura y asunto evidencian una relativa antigüedad. Además aparecen dos monólogos de *Ollantay*, famoso drama en quechua que aunque elaborado en el siglo XVIII surgió, sin duda, de la pluma de un escritor mestizo (tal vez Antonio Valdéz, clérigo cuzqueño) inspirado en la primitiva literatura pre-teatral (poemas dialogados, coros, quizá pantomimas) y en una epopeya incaica.

Es preciso advertir aquí que no hemos tenido en cuenta los himnos cristianos redactados en quechua por los curas adoc-trinadores, que fueron empleados para acelerar y completar la conversión de los indios, José María Arguedas les acuerda una

* Prólogo de una antología de poesía quechua, que se publicará próximamente en la colección Poemas y Ensayos de la UNAM.

especial importancia, pero indica la opuesta actitud ante la vida y la muerte que poseen tales rezos en comparación con los diáfanos himnos sagrados de los incas que consigna, por ejemplo, Santa Cruz Pachacuti.³

Han sido reunidas varias canciones que las comunidades quechuas de diversos lugares de los Andes entonan hoy mismo con ocasión del trabajo agrícola, la fiesta religiosa o el amor. Los poemas de tal índole que figuran en este libro fueron elegidos en cuanto no mencionan —o lo hacen sin precisión— los diversos elementos culturales que la invasión española introdujo en América indígena, debido a lo cual no es osado atribuirles una virtual antigüedad. En todo caso, esas páginas de la poesía popular actual revelan el espíritu y la personalidad de un gran pueblo no liberado aún de los grillos de la colonización, y presumiblemente poseen el mismo temple lírico de las obras de sus antepasados. Hemos prescindido, en cambio, de las creaciones en quechua de los poetas cultos contemporáneos que escriben en la lengua autóctona con propósitos decididamente literarios, como son los casos del admirable *Kilko Waraka* (Andrés Alencastre) y de César Guardia Mayorga.

La poesía quechua responde perfectamente a la concepción del mundo "fluido y superpoblado" del hombre andino que observara Louis Baudin,⁴ merced a la cual todo en él es viviente: piedras, vegetales, montañas, estrellas. Todo ahí está penetrado de espiritualidad o envuelto en una atmósfera de presencias irreales. El alma sensible del adorador de la divinidad o del nostálgico enamorado percibe aquellas imponderables esencias y las incorpora a la oración y al canto.

Pueblo imperial pero pacífico y civilizador, movido en sus actos individuales y colectivos por el principio de que la sociedad debe organizarse para el bienestar de sus miembros, el quechua fue severo en su legislación pero nunca llegó a ningún odioso exceso: sus dioses no eran sanguinarios, sus instituciones no discriminaron ni humillaron a los extraños, sus monarcas y jefes político-militares dilataron las fronteras del Tawanti suyo únicamente como una suerte de empresa bienhechora. Este generoso impulso lo perdió, puesto que el imperio acogió a los españoles como posibles amigos e inocentemente sucumbió a la conquista.

La literatura quechua en general y la poesía en particular fueron, y siguen siendo, sentimentales e intimistas. Su candor, su casi puerilidad, provienen de su emocionado panteísmo: la mujer amada es *urpi*, paloma; *apus* o manes tutelares las cumbres de la cordillera, almas en pena los vientos. La realidad participa del espíritu cósmico y posibilita imágenes a las que siempre accede la naturaleza, insuflado el sentimiento de un ardor puro, juvenil. Jorge A. Lira afirma que poetas y cantores lo son, entre los quechuas, sólo en la juventud y la primera adultez, nunca luego.⁵

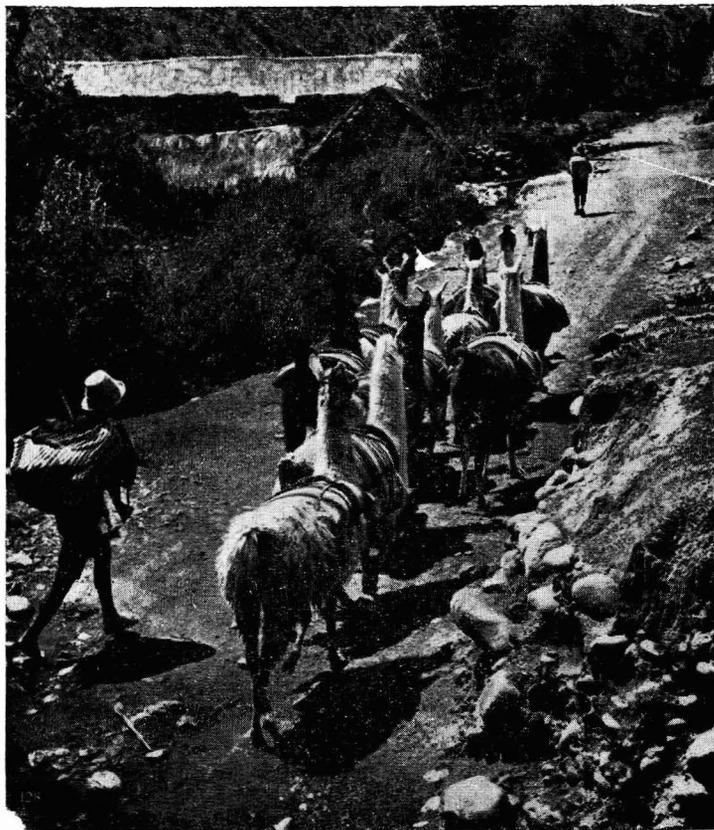
De este modo el mundo interior y el del entorno se conjugan en el regocijo tocado de fina ironía y en la queja amarga. La reserva estética que los quechuas guardan en su aislamiento del presente despertará al modo de una fuerza innovadora cuando ocurra su liberación del feudalismo supérstite y se produzca su integración a la nación moderna de la que este pueblo forma parte.

En cada sección de la antología, acompañando a los títulos de los poemas, corre una numeración que remite a la fuente de la que ha sido cada poema tomado, referencia en la que no se deja de mencionar el nombre del autor de la correspondiente versión en español. Como es lógico, una lengua sumamente plástica, de variados sonidos guturales y consonantes dobles, cuya conjugación verbal se consume por prefijos y sufijos, de sintaxis inflexible pero capaz de crear fácilmente nuevas voces, no admite la fiel traducción de su poesía plena de aliteraciones y síncopas, ligada a una singular música pentafónica y sin modulación,⁶ pero los que se han dedicado a salvaguardar este tesoro literario y trasegarlo a la lengua oficial del Perú han procurado mantener, con mayor o menor acierto, la más próxima equivalencia entre el original y su traslación.⁷ Al logro de este objetivo se debe el frecuente y un tanto enojoso gerundio que en la mayoría de las traducciones intenta imitar el muy peculiar del quechua. Un breve vocabulario adjunto ayudará al lector a conocer el significado de algunas palabras y expresiones autóctonas, cuya acepción no se desprende del contexto. Una advertencia más: debido a que la ortografía del quechua no está aún definitivamente fijada, es reproducida tal cual el responsable de cada traducción la ha escrito.

Este pequeño libro es apenas un mirador sobre el complejo cultural de la vida andina. El antologista aspira sólo a que, gracias a las revelaciones que los poemas compilados dan por sí, los lectores se sientan atraídos por el pueblo quechua. En el hontanar de esta gran nación están intactos los valores que



"sobrevive en el folklore"



"la reserva estética de los quechuas"

hicieron del Tawantisuyo uno de los mejores proyectos de dicha social que la historia recuerda en su milenaria memoria.

¹ JOHN H. ROWE, *Inca Culture at the Time of the Spanish Conquest*. Steward, Handbook of South American Indians, t. II.

² J. ALDEN MASON, *Las antiguas culturas del Perú*. Fondo de Cultura Económica, México.

³ "Los himnos católicos lo convierten [al indio] en un ente para quien el martirio físico debe constituir la médula de la vida, un hecho natural no sólo inevitable, sino necesario." JOSÉ MARÍA ARGUEDAS, "Sobre la poesía quechua", en *Cantos y narraciones quechuas*. Patronato del Libro Peruano, Lima.

⁴ LOUIS BAUDIN, *La vida cotidiana en el tiempo de los últimos incas*. Librería Hachette, Buenos Aires.

⁵ Casi siempre encontré en esta labor a jóvenes solteros y a hombres en la plenitud (...) Los viejos y las viejas, parece, han tomado en esto la vida muy en serio y formal." JORGE A. LIRA, *Canto de amor*. Cuzco.

⁶ "Uno queda confundido ante la imaginación indígena que sabe con medios rudimentarios expresar con tal diversidad y tal fuerza los grandes movimientos del alma."—R. y M. D'HARCOURT. Citado por BAUDIN, *Op. cit.* A los instrumentos aborígenes el indio ha incorporado, previa adecuación, el arpa, la guitarra y el violín.

⁷ El primer poema del libro, *Poderoso Wiracocha*, aparece en versión bilingüe, con el fin de proporcionar al lector una noción de la lengua quechua.

—Señor, déjame ir donde voy; sábete que aquella flauta que oyes en aquel otero me llama con mucha pasión y ternura, de manera que me fuerza a ir allá. Déjame por tu vida, que no puedo dejar de ir allá, que el amor me lleva arrastrando para que yo sea su mujer y él mi marido.

—INCA GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios reales*.

...i algunos de estos Romances, i Poesias eran muy artificiosos de Historia, otros supersticiosos, otros de disparates...

—ANTONIO DE HERRERA, *Historia general de los hechos de los castellanos*.

CON REGOCIJADA BOCA

Con regocijada boca,
con regocijada lengua,
de día
y esta noche
llamarás.
Ayunando
cantarás con voz de calandria,
y quizá
en nuestra alegría,
en nuestra dicha,
desde cualquier lugar del mundo,
el creador del hombre,
el Señor Todopoderoso,
te escuchará.
¡Jay! te dirá,
y tú donde quiera que estés,
y así para la eternidad,
sin otro señor que él
vivirás, serás.

DEL MUNDO DE ARRIBA

Del mundo de arriba,
del mundo de abajo,
del océano extendido,
el hacedor.
Del vencedor de todas las cosas,
del que mira espléndidamente,
del que hierve intensamente,
que sea este hombre,
que sea esta mujer,
diciendo, ordenando,
a la mujer verdadera,
te formé.
¿Quién eres?
¿Dónde estás?
¿Qué arguyes?
¡Habla ya!

ORACIÓN PARA TODOS LOS INCAS

¡Oh Sol!, padre mío que dijiste haya cuzcos y *tambos*; sean vencedores y despojadores estos tus hijos de todas las gentes; adórote para que sean dichosos si somos estos incas tus hijos y no sean vencidos ni despojados sino siempre sean vencedores, pues para esto los hiciste.

ELEGÍA A LA MUERTE DEL INCA ATAHUALPA

(fragmento)

¿Qué arco iris este negro arco iris
Que se alza?
Para el enemigo del Cuzco horrible flecha

Que amanece.
Por doquier granizada siniestra
Golpea.

Mi corazón presentía
A cada instante,
Aun en mis sueños, asaltándome,
En el letargo,
A la mosca azul anunciadora de la muerte;
Dolor inacabable

El sol vuélvese amarillo, anochece
Misteriosamente;
Amortaja a Atahualpa, su cadáver
Y su nombre;
La muerte del Inca reduce
Al tiempo que dura una pestañada.

Su amada cabeza ya la envuelve
El horrendo enemigo;
Y un río de sangre camina; se extiende,
En dos corrientes.

Sus dientes crujidores ya están mordiendo
La bárbara tristeza;
Se han vuelto de plomo sus ojos
que eran como el sol,
Ojos de Inca.

Se ha helado ya el gran corazón
De Atahualpa.
El llanto de los hombres de las
Cuatro Regiones
Ahogándole.

Las nubes del cielo han dejado
Ennegreciéndose;
La madre luna, transida, con el rostro enfermo,
Empequeñece.

MONÓLOGO DE RUMI-ÑAHUI

¡Eres piedra de azufre, Rumi-Ñahui, piedra de la horrenda fatalidad! Naciste en la roca y, sin embargo, tu voluntad se ablanda ahora. ¿Tenías los ojos vendados? ¿No pudiste ver, en el profundo valle, que como una poderosa serpiente Ollantay se escondía y acechaba? ¿No recordaste, guerrero, el simulador corazón de tu enemigo? ¿Olvidaste sus triunfos, sus hazañas? Mintió, urdió emboscadas y, con su falsía, exterminó el ejército de todas las regiones. En él se conjugaban la mentira y la victoria. ¡Bajo la luz del día ha matado a miles de tus soldados! ¡Tú mismo has escapado, sin saber cómo, de la muerte! ¿Por qué creí gallardo a ese salvaje? ¿Por qué descendí hasta su oscura guarida? Cuando llegué a la puerta de su escondite, creyendo que había huido, hirvieron las piedras en lo alto, se lanzaron las galgas como saetas sobre mis hombros. La pétreo lluvia exterminaba el ejército y escondía a los atacantes. Los más valientes, los mejores, murieron derribados como bestias. La sangre se deslizaba convertida en río y se repartía cubriendo todo el hondo valle. En el gran silencio, nadie apareció, nadie. Ni un hombre de valor para combatir conmigo. Sólo las piedras cayendo y cortando el camino. ¿Y ahora? ¿Con qué rostro, con qué ánimo he de presentarme a los ojos del Inca? Marcharé sin dirección, sin rumbo. Ya debiera haberme apretado la garganta con mi propia honda. ¡Ah, Ollantay solo, arrastrado por sí mismo desde la cumbre, se precipitará a la muerte!